

Toni Montesinos. BARCELONA

Para empezar, en su obra más singular, «Pequeños tratados I y II», decía el exmúsico, novelista y ensayista Pascal Quignard que «todas las mañanas del mundo carecen de retorno». En el año 2016 se presentó lujosamente en un cofre de dos volúmenes (novecientas páginas en total) por parte de la editorial Sexto Piso. Con ese comienzo evocamos la película de la que él mismo escribió el guion, apartir de su propia novela, «Tous les matins du monde» (1991), que contó con Jordi Savall para la banda sonora. Los «Pequeños tratados» fueron escritos entre 1977 y 1980, como indicaba el propio autor, pero los repetidos rechazos que recibió lo que acabó por convertirse en un libro de culto hicieron que no vieran la luz hasta más de diez años después. Y justamente esa expresión, «autor de culto», ha sido utilizada por parte del jurado del Premio **Formentor de las Letras** 2023 para otorgarle un galardón que supone recibir 50.000 euros y cuya ceremonia de entrega se realizará en Canfranc, en el Pirineo oscense.

Prosa de espasmos

Miguel Morey aporta una extensa nota introductoria explicando cómo había encarado la traducción de una prosa que resulta difícil y exige «extrema atención», un «tiempo lento», paciencia. Con

Todas las mañanas de Pascal Quignard

El violonchelista y prestigioso escritor francés, de 74 años, gana el Premio **Formentor de las Letras** 2023

todo, tal vez sobrarían las advertencias que puedan asustar a los nuevos lectores o conocedores del autor francés y se encuentren, ciertamente, con un estilo filosófico, poético, evocativo: «El amor, la amistad, las obras que se componen: de pronto, un fragmento

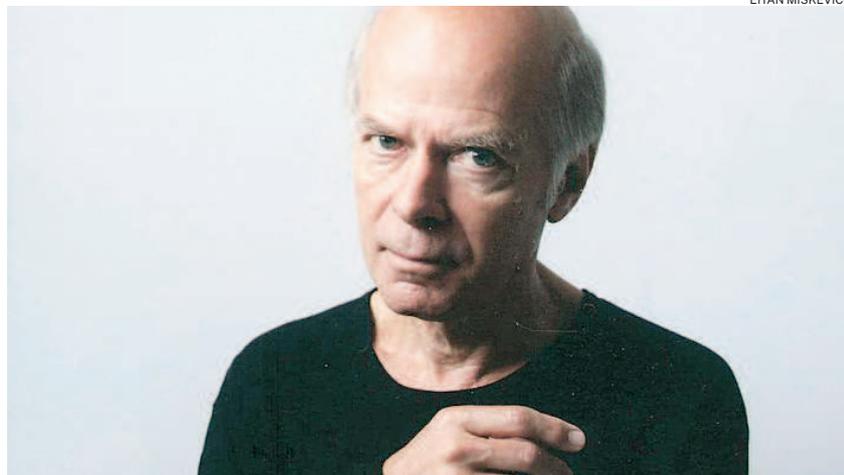
de acero imanta mil fragmentos de todo lo que nos rodea y que está disperso», se lee. Quignard podría ser ese fragmento que atrae mil asuntos que le asaltan y con los que confecciona los «Pequeños tratados», que consisten precisamente en textos aislados, por lo

general breves, «espasmos», como los llamó, sin orden ni concierto, caóticos como los estímulos infinitos de la vida diaria.

El autor de libros tan sugerentes y eruditos como «El sexo y el espanto» (1994), en el que se adentraba en la época de August-

to y las figuras de los frescos conservados de Pompeya para hablar de nuestra sexualidad, diseminaba en aquellos tratados meditativos sobre el acto de escribir y el lenguaje, ideas herméticas que cobraban la forma de aforismos, de pensamientos acerca de la literatura y la imagen. Los escritos mencionados que ponemos de ejemplo de cómo es la literatura del que fuera premio Goncourt 2002 por «Las sombras errantes» podrán fascinar al lector dedicado tanto como desconcertar y abrumar al que no entre en el juego de su compleja fragmentariedad. Y es que en multitud de ocasiones la prosa de Quignard busca la estructura fragmentaria y es difícil encontrarle una etiqueta al género en prosa que practica: ficción y reflexión, filosofía y biografía.

Según el acta del jurado de la Fundación Formentor, es merecedor del premio «por la maestría con que ha rescatado la genealogía del pensamiento literario, por la destreza con que se sustrae a la banalidad textual y por haber resuelto las dimensiones más inesperadas de la escritura». Tal cosa podrá comprobarse este mismo año con la publicación de su nueva obra, «El amor, el mar» (Galaxia Gutenberg), de ambientación histórica: la Francia musical del siglo XVII, pues en ella el compositor alemán Johann Jakob Froberger se transforma en protagonista con una historia amorosa como trasfondo.



EITAN MISKEVICH

El escritor Pascal Quignard, flamante Premio **Formentor de las Letras**

CRÍTICA DE CLÁSICA

TEATRO AUDITORIO DE CUENCA

Obra de Krzysztof Penderecki. Dirección: Marzena Diakum. Soprano: Olga Pasięcz. Barítono: Enrique Sánchez. Orquesta y Coro de la Comunidad de Madrid, 6-IV-2023.

Un gran fresco dramático

No hay duda de que Krzysztof Penderecki fue una de las grandes figuras de la composición musical del siglo XX, aunque determinadas vanguardias le dieran la espalda desde el momento en el que empezó a volver grupos y buscarse territorios sonoros más confortables que aquellos a los que se había acogido en su juventud. Sus primeras obras, en la línea rompedora de un Lutoslawski, afin en muchos aspectos a los dictados de Darmstadt, decíamos en estas páginas al recordarlo tras su muerte, causaron gran impacto: «Anaklasis», para arcos y percusión (1960), «Polymorph-

ya», para 48 arcos (1961, empleada en dos conocidas películas, «El resplandor» y «El exorcista») y «Threni per le vittime di Hiroshima», para 52 instrumentos de este tipo (1961) lo situaron en el mapa internacional. La última composición citada, sobre todo, lo elevó a la fama y le dio una nombradía que tuvo también su correspondencia en España. En lo que se podría considerar primera madurez, instalado ya en una zona creadora más templada, de un bien organizado eclecticismo, con resabios e influencias diversas, el compositor dio a luz algunas de sus obras más

célebres, entre ellas, la «Pasión según San Lucas», que es la que precisamente provoca esta crítica, escrita a raíz de su escucha en la Semana de Música Religiosa de Cuenca, que ha llegado a su edición número 60, ahora bajo el eficiente mando del músico Andoni Sierra, actual director de la agrupación de música antigua Conductus y de la Coral Andra Mari. Es una obra importante, masiva, monumental, que requiere un amplio dispositivo de elementos. Hace años que se estrenó en España, donde se ha interpretado al menos cuatro veces antes de la que comentamos. Los tuvo en esta ocasión bajo el mando de la titular de la Orquesta y Coro de la Comunidad de Madrid. Se notó la afinidad de la directora con esta compleja música, que reúne muchas de las características que definían en los años sesenta el estilo del compositor: grandes masas sonoras, vocales e

instrumentales, recitativos pavorosos, grandes silencios, gestos de imponente expresionismo, contrastes de extremo dramatismo, vigorosos ataques, líneas labradas con exquisitez de orfebre, discursos atonales. Todo construido con sabiduría, con arrobada y espiritual expresión o con fulgurantes choques tímbricos. Desde el número 1, «O Crux Ave», para coro, hasta el 27, «In pulverem mortis», para solistas y coro, recorremos un amplio y dificultoso camino que sigue no solo las palabras del Evangelio de San Lucas, sino también las de distintos salmos o las Lamentaciones de Jeremías. Una senda cuajada de accidentes, de efectos de variado tipo; en algún caso, con cierto abuso del efectismo un tanto tremendista. Pero todo engarzado con una admirable precisión y limpia escritura. Con todo ello, las dificultades interpretativas son innumerables. Fueron prácticamen-

te vencidas gracias a la prestación de los diversos solistas y conjuntos, atentos al mando seguro, claro, vigoroso y expresivo de Marzena Diakum. Los coros cantaron firmes y compactos. En este caso no hubo niños, sino jovencitas bien avenidas. Los solistas estuvieron a buen nivel, en particular, la soprano Olga Pasięcz, una lírica ancha de buen volumen y correcta entonación. Bien Enrique Sánchez, que manejó con flexibilidad y expresión adecuada, su voz de barítono muy lírico, siempre expresiva. Entregado el narrador Ángel Saiz, antiguo miembro del Coro de la Comunidad, que dijo con clara dicción su texto, aunque chocaba no poco su excesiva amplificación. Sánchez y él sustituían a los intérpretes polacos previamente anunciados.

Arturo REVERTER